

Pasado, presente y futuro de la lectura: algunos dilemas desde el punto de vista de un editor

DANIEL GOLDIN

1.

Quiero agradecer a Elsa Ramírez su generosa invitación a platicar con ustedes. “Pasado, presente y futuro de la lectura” será el tema de las jornadas, me comentó Elsa cuando me llamó, hace unos meses, para invitarme. Me gustaría que tú hablaras del futuro del libro y la lectura desde el punto de vista de un editor.”

No se trata ciertamente de un tema muy original y adivino en ustedes un cierto fastidio al imaginar mis palabras. De hecho, en México y América Latina desde hace algunos años y cada vez con mayor intensidad, la preocupación en torno al futuro del libro y la lectura parece haber monopolizado toda reflexión pública en torno a la cultura escrita. No hay reportaje, entrevista, documento o programa político en el que no se repita, con frecuencia sin sostén alguno, una queja ante la reducción de lectores, un anhelo de que haya cada vez más, una preocupación o temor acerca del fin del libro, condenado a desaparecer, primero ante el embate de la tv, después ante el advenimiento de la era de la comunicación electrónica.

Con singular alegría e irresponsabilidad y amparados en la vaguedad de términos como lector y lectura, los medios han contribuido a convertir una suma de opiniones y observaciones parciales, en verdades incuestionables que generan confusión, desaliento. Creo que México no es el único país en el que la opinión pública parece solazarse al marcar los bajos niveles de lectura de sus habitantes.

Lo preocupante es que todas esas inquietudes no hayan motivado un avance decisivo en el conocimiento de la situación, que las decisiones políticas y económicas se realicen con base en esos supuestos. Que haya tan poco interés por disponer de datos más o menos ciertos y de investigar, al menos la validez de los presupuestos.

Lo preocupante es que al libro y la lectura se les sigue asociando sin ninguna distancia crítica a valores como desarrollo, bienestar y democracia. Lo preocupante es que no haya espacios para argumentar y discutir. Por esto mi agradecimiento al CUIB. Ojalá que un espacio así sirva para estimular la investigación y para discutir las ideas y preconcepciones.

Se me ha pedido que hable desde el punto de vista de un editor, así que trataré de responder a las interrogantes desde mi perspectiva profesional.

Los editores —que habitualmente acompañamos a los creadores que gozan del prestigio como tales— utilizamos nuestra facultad creativa para muchas cosas: para hacer libros, autores, mitos, campos de estudio o conversaciones, como diría Gabriel Zaid. Podríamos detenernos en cada uno de ellos, pero me parece que sería importante centrarme en otro tipo de creación. Me refiero a la creación de lectores.

Como lo habrán visto ustedes, el asunto parece ser de interés público. Enciende pasiones, encona ánimos, genera polémicas, por llamar de algún modo al griterío que tanto medios se encargaron de avivar. A juzgar por el lugar que ocupa en los programas políticos, la formación de lectores también parece ser una prioridad nacional, no sólo en el plano educativo y cultural, también en la política y en el desarrollo económico.

Aunque no es un asunto que siempre haya preocupado a los editores, me parece que hoy la formación de lectores es una cuestión que atañe a los editores de manera esencial y conflictiva. Esencialmente, porque detrás de la supuesta o real desaparición de lectores, los editores vemos la mayor amenaza a nuestro futuro. Y de manera conflictiva porque, a pesar de eso, los editores no tenemos claro que la formación de lectores sea una responsabilidad que debamos o podamos asumir.

El problema es ciertamente muy complejo y no espero elucidarlo aquí. Pero podríamos tratar de plantearlo para esclarecer y facilitar la discusión. De entrada me parece imperioso alejarnos de una doble tentación.

Por una parte, de la tentación –nihilista y generalizadora– imponente en ciertos medios que consideran al libro y a los lectores como especies en peligro de extinción, lo cual alteraría toda una cadena ecológica de la cual los editores somos un eslabón. Debido a esto hay que hallar pronto una pócima mágica que remedie esta situación, o cambiar de oficio.

Pero también debemos alejarnos del optimismo ingenuo, sustentado en experiencias exitosas más o menos heroicas, a partir de las cuales se pretende establecer criterios de validez general.

A la primera tentación, fatalista y oscura, es preciso oponerle la idea de que el futuro será, como el presente, menos uniforme que los discursos acerca de él. Por eso es importante socavar ese inmovilizante discurso desde sus raíces: a partir de cuestionar críticamente conceptos y categorías en apariencia claros y unívocos, usados con una peligrosa liberalidad por periodistas, autoridades e incluso por editores. Libros, lectura, librería, biblioteca, leer, escribir, editar. Cada uno de los sustantivos y verbos relacionados con el mundo de la producción y circulación de la palabra escrita tienen sentidos múltiples, que coexisten en cada momento histórico, y que –como hoy todos sabemos– han variado notablemente a lo largo de la historia.

El término lector, por ejemplo, sirve para designar lo mismo a un estudiante que año con año subraya manuales para pasar exámenes, que a alguien que devora novelas policiales en sus horas de transporte, o a quien fatiga un libro rumiando cada uno de sus renglones. O, para decirlo en términos que seguramente le interesan más a los directores comerciales de las empresas editoriales, bajo el término lector englobamos a un chico que compra libros prescritos y los lee por obligación (y que seguramente no volverá a ellos tras abandonar la escuela), a un ama de casa o un obrero que compra y lee libros para ocupar un tiempo muerto (pero que muy probablemente deje ese pasatiempo cuando se modifiquen las circunstancias) y a alguien que

ha hecho de la lectura una forma de vida (aunque rara vez compre novedades en las librerías).

A la segunda tentación, que, en las antípodas del fatalismo mira el futuro con un optimismo alegre es necesario oponerle la comprensión de la lectura y la escritura en un conjunto de prácticas sociales complejas. Esta gran corriente, de larga duración, impone ciertos condicionantes; ofrece posibilidades de desarrollo y limita otras. Y, vale la pena recordarlo, nos permite comprender que no todo lo que tiene que ver con la producción y circulación de lo escrito recae sobre los profesionales de esas prácticas.

2.

Para centrar la discusión, resumo algunas premisas básicas de mi postura:

La primera es que aunque sólo una pequeña minoría de editores desarrollamos esfuerzos directamente relacionados con la animación a la lectura, los editores siempre formamos lectores. Al elegir tal o cual tema o autor; al establecer colecciones, formatos o portadas; al fijar precios; al proponer o establecer canales de promoción y comercialización, los editores abrimos o cerramos oportunidades para que personas “no lectoras” se conviertan en lectoras y también modificamos o afianzamos formas de ser lector. Es decir, para seguir valiéndonos de la metáfora arquitectónica que utilizó nuestro presidente en el programa “Construir un país de lectores”, en cada uno de los pasos de la gestión editorial los editores construimos, remodelamos o demolemos lectores.

La segunda es que la relación entre editores y lectores no es una relación unívoca. También los lectores modifican o posibilitan formas de ser editor. Al elegir o rechazar autores u obras, al optar por determinada forma de acceder a los libros (la compra, el robo, el préstamo), al aceptar o rechazar las pautas de recepción que éstos les proponen.

Por último cabe decir que, aun cuando unos y otros nos construimos mutuamente a través de una compleja interrelación, no estamos solos en una isla. También los autores, bibliotecarios, ingenieros, transportistas y maestros, legisladores y publicistas, ministros de hacienda y de cultura, abren o cierran posibilidades para que se formen lectores y editores. Y para que se redefinan sus funciones.

Este doble conflicto (entre dos libertades que al elegir o rechazar, al aceptar o modificar posibilitan o clausuran formas de ser lector o editor, que a su vez están condicionados por otros factores internos y externos al ámbito de la producción y circulación de la palabra escrita) dificulta en grado extremo plantear de una manera simple el interés común entre unos y otros. Sobre todo cuando queremos abordar el problema de manera procesal, en ciclos más o menos largos.

Definido lo anterior conviene que nos detengamos a analizar las nuevas condiciones y modalidades de la relación entre editor y lector. Y aquí me parece necesario cuestionar críticamente dos aseveraciones comúnmente aceptadas. La primera es que hoy hay menos lectores que antes. La segunda es que la transformación en las pautas de organización de la industria editorial ha sido consecuencia –y no causa– de las transformaciones en la conducta lectora.

3.

¿Es cierto que cada vez hay menos lectores? ¿Se debe esto al auge del internet, al desarrollo de los medios masivos, al deterioro de la educación? No es posible afirmar esto. La pretendida reducción de lectores por el auge de los medios es una afirmación muy discutible (y poco discutida), incluso en términos meramente estadísticos. Y conviene recordar que en México no tenemos ni siquiera una encuesta nacional de lectura, que sería el instrumento ideal para juzgar, como sucede en muchos países europeos, la evolución de las conductas lectoras en términos cuantitativos, que, desde mi punto de vista es un tipo de aproximación que genera una enorme confusión amparada en la supuesta asepsia de las cifras. Para decirlo brevemente, leer 5, 10 o 30 libros al año, no tiene valor en sí. Hay formas de

consumo o frecuentación de los libros en las que la lectura jamás incrementa la capitalización cultural del lector y por tanto su capacidad para participar activamente en la determinación de su vida. Por tanto, multiplicar la cifra de libros leídos por año no forzosamente conllevaría una alteración en la relación que el lector establece con su propia vida y su entorno a través de la palabra escrita. Y es justamente esta dimensión cualitativa el único sentido que puede tener la formación de una sociedad lectora, al menos en términos educativos, políticos y culturales (aunque a los editores probablemente les podría interesar simplemente aumentar el consumo de libros).

Y si valoramos la conducta lectora en términos cuantitativos, la evidencia que se nos presenta es, por el contrario, que en la actualidad hay el mayor número y diversidad de usos y usuarios de la cultura escrita al amparo del más amplio espectro de discursos legitimadores jamás habido. Lo vemos todos los días, no en las bibliotecas o en las librerías; en los mercados, en los pueblos donde no hay una sola biblioteca y ahora se han instalado estaciones de internet a través de las cuales la gente investiga, se comunica, participa o consume. Y esto afecta necesariamente el estatus de la palabra escrita, como lo ha afectado, en los recintos universitarios la cada vez mayor producción de conocimiento o, para ser más exacto, información.

Tradicionalmente la lectura y la escritura han sido ejercicio de unos cuantos, no de todos; de élites políticas, económicas y/o religiosas más o menos extendidas. Sólo hasta hace pocos siglos la lectura pasó de ser el privilegio de unos cuantos, a ser “obligación” de todos, un asunto de ciudadanía, como ha dicho Emilia Ferreiro. La multiplicación de usos y usuarios derivada de la educación obligatoria, la proliferación de saberes a ella asociada, el cuestionamiento y la creación de pautas y cánones de lectura han tenido un papel fundamental para cambiar el paradigma desde el cual el libro y la lectura hacían patente su valor singular en el conjunto de prácticas sociales.

Es fascinante ver cómo coinciden factores técnicos, culturales, políticos y económicos diversos en el trastrocamiento de ese paradigma. Por ejemplo, la conservación del orden y la preservación de la memoria, dos funciones comúnmente asociadas a la escritura desde su milenaria invención, han perdido preponderancia: hoy sabemos

que gran parte si no es que la totalidad de lo que ahora se publica desaparecerá antes de cincuenta años, pues el aumento del alfabetismo y el incremento de la necesidad de leer han provocado la búsqueda y, en consecuencia, la invención de nuevas materias escriptorias, del papel reciclado a la pantalla electrónica, como ha señalado Armando Petrucci.¹

Este paleógrafo italiano ha observado también cómo, aún antes del vertiginoso auge del internet, se han mermado las posibilidades de una coincidencia efectiva entre las expectativas de autores o editores y sus lectores. Aparentemente se han liberado controles antes impuestos:

En el pasado no sólo la lectura sino sobre todo la escritura, como práctica y como expresión potencialmente subversiva, fue sometida a fuertes controles y a rígidas censuras. Hoy en el ámbito de aquella que hemos definido como “escritura privada”, se rechaza cualquier tipo de restricción, de comportamiento obligado, de canon y de regla. La escritura “anárquica” como la lectura salvaje, se convierte en una práctica puramente individual, dictada únicamente por el placer personal y por la voluntad de divertirse y de expresarse libremente.²

Sin duda, es posible contemplar esto como un avance democrático, pero no sólo ni necesariamente es esto. Tal vez lo que asoma es la anomia, quizá a lo que estamos asistiendo es a un nuevo alejamiento de la palabra, del diálogo como instrumento de autorregulación. Y esto es algo que debe o debería ser de la mayor importancia para los editores, los bibliotecarios, los promotores; pero no sólo para los profesionales de la cultura escrita. Se trata de un asunto que afecta la parte más íntima y profunda de la construcción de una comunidad y de la constitución de la subjetividad y por tanto nos concierne a todos.

1 Armando V. Petrucci. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Prol de R. Chartier y J. Hébrard, Gedisa, Barcelona 1999, Col. LeA.

2 El propio Petrucci aborda esto en el último capítulo de la *Historia de la lectura en el mundo occidental* bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Taurus, Madrid, 1998.

4.

Sin duda es cierto que los editores (podría decir lo mismo para cualquiera de los otros gremios de la cultura escrita) hemos debido cambiar para adaptarnos a nuevas condiciones del mundo globalizado. Pero también hemos sido actores de ese cambio, y si no queremos caer en un fatalismo inmovilizante, debemos comprender que un nuevo escenario hace que las antiguas respuestas pierdan vigencia, presenta problemas, pero no impone una vía única para resolverlos.

Por eso me parece importante que revisemos las transformaciones que ha habido en cada una de las etapas de la producción y circulación de lo escrito y ver de qué manera han contribuido a hacer de la producción y circulación de los libros (independientemente de su calidad) un elemento potenciador de la masificación de la cultura.

Al comparar las transformaciones de nuestro gremio con las que han ocurrido en otros sectores es fácil percibir pautas comunes. Como todos los otros profesionales, los editores hemos tenido que aprender a ponderar nuestro trabajo en términos de eficiencia y eficacia, a racionalizar gastos, planear objetivos y a replantear nuestro oficio y nuestro negocio. Siempre nos habíamos considerado especiales, por eso el desconcierto no ha sido poco. Tal vez por eso hemos asumido los retos y desafíos de este nuevo escenario con menos creatividad y profundidad que la que debían caracterizar al gremio que durante siglos tuvo encomendada la salvaguarda de las ideas y creaciones del hombre. Desde luego con una pobre conciencia de gremio.

Durante siglos la producción y circulación de los libros fue, antes que nada, cosa de oficio: con un léxico propio y, sobre todo, con una forma de reclutamiento y formación de profesionales. Cualquiera que haya sido el puesto, el saber decisivo provenía de su propia especificidad: la producción y o circulación de la palabra escrita.

En la actualidad la mayor parte de las ventas se da fuera del ámbito restringido de las librerías, casi todos los conocimientos tradicionales han perdido validez o se resignifican desde saberes nuevos. Hoy, en el gremio, el saber decisivo y por tanto el poder decisorio no proviene del ámbito del oficio. Hace algunos años a la cabeza de los grandes grupos estaba un editor, hoy un financiero. En la vieja polémica entre

los números y las letras, los editores nos sentíamos naturalmente inclinados hacia las letras. Hoy en el sector conviven publicistas, técnicos en computación, correctores, financistas y comerciales y los números son la única *linguae francae* en el interior de la empresa. La gestión se mide en la lógica fría, contundente y concisa de un balance de resultados. Y desde esa fría lógica “cada grado e instrumento intermedio que pueda permitir una relación diversa de aquella de la compra-consumo es evitada o anulada”.³ Es un gasto superfluo o, si se quiere, una inversión a largo plazo altamente riesgosa y de reutilización difícilmente comprobable. Formar un lector, recordémoslo, es crear un posible cliente para la competencia.

Es natural que en un escenario así el lector sea más extraño que nunca.

Parte de la casi histérica preocupación por los lectores que prospera en el medio se debe a la paradoja de que se nos haga patente que los necesitamos, pero que la lectura en cuanto tal no aparezca en ningún indicador de nuestra gestión. ¿Y en él los indicadores que usan los bibliotecarios para evaluar su gestión si aparece?

El lector es un objetivo, un *target*, como dicen algunos colegas anhelando tener la misma precisión que los misiles teledirigidos.⁴ El lector siempre ha sido un desconocido para el editor (no para el bibliotecario, no para todos al menos). Pero antes se podía suponer una probable identificación con él. Como los autores, los editores podíamos aseverar con cierta soltura que publicábamos tal o cual obra porque es era la clase de libro que queríamos leer. Y es que ha-

3 *Ibid* p. 264.

4 ¿Cómo podemos construir lectores y hacerlo cuando la implacable lógica en la que se ha internado la producción y circulación de lo escrito lo primero que le pide a un editor es asegurar la apuesta, cuando obras que hace menos de 50 años tardaron más de 10 años en agotar su modesta primera edición de 2000 ejemplares, hoy se publican en ediciones de centenares de miles de ejemplares que se venderán en supermercados y puestos de periódicos y meses más tarde en baratillo o trituradoras de papel?

bía condiciones para sostener la apuesta. Hoy es difícil sostenerla pues las modificaciones en la economía del libro hacen insostenible una apuesta a largo plazo.

Lo más paradójico es que, a medida que se reducen los espacios y oportunidades para establecer con el público una relación distinta a la compra-consumo, el peso del público es más importante en la definición de la apuesta editorial. Por ellos hay tantos editores subordinados a los directores de *marketing* que presumen conocer al público de una manera objetiva. Por eso en las ferias del libro vemos cómo se reduce y homogeneiza la oferta y observamos estantes llenos de réplicas de apuestas supuestamente seguras, que terminarán en la guillotina.

Tal vez ha llegado el momento en que debamos preguntarnos si lo que está en juego es sólo nuestra sobrevivencia. Si lo que realmente debería importarnos no es el pasado presente y futuro del libro, sino las posibilidades que tienen o pueden tener las personas en la definición de su futuro, en la reconstrucción de su pasado y de habitar el presente. Por esas posibilidades muchos de los aquí presentes nos hemos acercado al libro y la lectura.

5.

A muchos editores nos gusta pensar en la importancia que tiene nuestra profesión para el bien común y declarar, por ejemplo, que sólo una sociedad con libertad de edición puede ser democrática. Por eso buscamos concitar el apoyo social y pugnamos por dispensas fiscales, compras aseguradas u otros mecanismos para garantizar nuestra sobrevivencia que, no hace falta recordarlo, para el resto de la sociedad rara vez tiene la misma trascendencia.

Por eso también nos sumamos con evidente simpatía al inusitado consenso social a favor de la construcción de lectores. Por paradójico que parezca, tal vez el resultado de foros como éste debería ser otro: contribuir a desmontar ese aparente consenso, evidenciar sus debilidades, hacer patente en último caso su inoperancia para establecer

los criterios y jerarquizaciones necesarios para instrumentar estrategias o políticas concretas.

“Construir lectores” es una consigna hueca que pueden pronunciar los políticos sin mayores consecuencias, pero no los editores, pues, si bien es cierto que el futuro de las editoriales depende de la existencia de lectores, no es menos verdad que del tipo de lectores que haya (o más bien posibilitemos que existan, ya que a lo único que podemos aspirar es a posibilitar que otros se construyan a sí mismos como lectores) dependerá la modalidad de futuro que le espera a la industria editorial.

Hace falta aclarar los qué y los para qué, no sólo los cómo. Hace falta precisar qué lectores buscamos y, sobre todo, qué estamos dispuestos a hacer en cada uno de los procesos de nuestra gestión para conseguirlo: ahora que todo se rige por el mercado, hace falta que aclaremos cuánto valen para nosotros los lectores y cuánto estamos dispuestos a invertir para construirlos.

Hay lectores que, no obstante comprar y leer libros, socavan las posibilidades de futuro para la industria editorial en el largo plazo. Hay apoyos que, si bien en lo inmediato resuelven los apremiantes problemas de los editores, en realidad minan su futuro.

En un momento en que es indispensable aceptar la realidad del mercado, debemos preguntarnos si la mejor forma de participar en él es adherirnos a una lógica económica empeñada en producir hombres prescindibles.

En un contexto económico y político caracterizado por la imposición de caminos únicos, debemos reflexionar si lo que garantizará nuestra viabilidad no será diferenciarnos, mostrar y posibilitar otros caminos. En un momento en que paradójicamente los hombres estamos cada vez más comunicados y más aislados, los editores debemos preguntarnos de qué diablos hablamos cuando hablamos de formar lectores. No es sólo una cuestión de principios, se trata de un asunto de racionalidad empresarial: debemos saber cuál es nuestro capital y dónde conviene invertir para potenciarlo.

En resumen, me parece que en un momento en que técnicamente es más fácil que nunca ser editor, los profesionales de la producción y circulación de la palabra escrita debemos replantear nuestra función

social. Sin duda hay muchas respuestas. Doy la mía: me parece que la tarea que el editor no puede dejar es justamente mediar: entre autores y lectores, entre necesidades presentes y futuras, entre diversas culturas y campos del saber, entre la tradición y la novedad. Esto supone antes que nada abogar por un espacio para la palabra, para el diálogo. Creo que podremos ser valiosos socialmente y nos será legítimo demandar condiciones que garanticen nuestra supervivencia, en la medida en que seamos garantes de que exista una arena pública en donde se discutan razonadamente los intereses públicos y que esto le permita a los hombres autorregularse.

Por eso me parece imperioso que la industria editorial se autorregule en un marco de acciones concertadas entre todos los profesionales relacionados con la producción y circulación de lo escrito. Y no puede haber mejor regulador que una población de lectores autónomos, con la capacidad para ejercer esa autonomía con responsabilidad.

¿Cómo comenzar? La mayor parte de los programas o discursos parten del supuesto que hay que privilegiar diversos grupos, edades o ámbitos. Por ejemplo, la casa y los niños pequeños. Conozco y he apoyado proyectos que rompen éste y otros moldes, y me parece peligroso suponer, también aquí, un camino único.

¿Por dónde comenzar entonces? Cómo dice Eliot: “En mi principio está mi fin”. En los principios. En los fines. En los principios que no se pueden violar. En los fines que debemos tener presentes en cada momento de la gestión y en la totalidad de la cadena: si lo importante es el lector, en cada eslabón se debe evidenciar una hospitalidad esencial hacia él, una hospitalidad que permita que exista siempre ese otro, en tanto otro, construyéndose otro como lector. La calidad del papel, el interlineado, el cuidado editorial, revelan la presencia o ausencia de esa hospitalidad. Pero también el espacio que le demos en el estand, la estrategias para promocionar o comercializar los libros.

Y es aquí donde la investigación sociológica y antropológica nos aporta un material mucho más rico que cualquier discurso mercadotécnico para comprender lo que debemos hacer para posibilitar la formación de más y mejores lectores. Detrás de cada lector hay personas, presencias y ausencias que los libros suplen o recuerdan. Personas,

cuerpos, gestos, modulaciones de voz, palabras e imágenes. Personas en contacto con otras personas.

¿Por qué entonces el sector ha asumido tan alegremente hacer eficiente su gestión reduciendo posibilidades de esos encuentros? ¿Por qué gastar dinero en carteles y anuncios televisivos y no en la formación de promotores culturales? ¿Por qué las inversiones públicas se centran en las bibliotecas, no en los bibliotecarios? ¿Por qué, en suma, se evita invertir en personas o en propiciar espacios para encuentros entre personas?

La relación con los libros no empieza con la lectura y los libros no sólo sirven para leer. Son objetos cargados de valores afectivos, son objetos que huelen, que pesan, que tienen texturas, que se asocian a voces y personas, que generan situaciones y las recuerdan. Pero también se leen y adquieren valor al suscitar apropiaciones. Es eso lo que le da el valor a los ojos del público. En la economía del libro no hay una relación directa entre compras y capacidad económica. El precio que la gente está dispuesta a pagar por ellos depende del valor que le den a la lectura y a los libros en su vida. Y esto no es algo que se pueda imponer. Por más efectivas que sean las campañas publicitarias y comerciales. Lo saben los propios comerciales y publicistas.

Si, como tanto insistimos los editores, los libros son objetos singulares (culturales y mercancías, bienes de capital y de consumo), no podemos seguir las pautas de organización que dictan los manuales del empresario moderno. No, al menos, en todos los procesos.

Creo que esto es algo que se puede aplicar también a los bibliotecarios. El peligro que corremos en este afán por adecuarnos a una racionalidad empresarial es que abaratemos nuestro capital. El peligro que corremos en esta agitada búsqueda de lectores es que olvidemos lo más elemental y que contribuyamos al oscurecimiento de la palabra. Aunque éste se dé en un caótico bullicio de discursos a favor de la lectura.